

cuando las obliga la necesidad, restituyéndose al vivar luego que han tomado alimento: así que comen mucho entonces y muy deprisa, y de esta suerte cuidan y sustentan sus hijos por espacio de más de seis semanas. El padre no los conoce hasta esta época, ni entra en el vivar que la madre ha trabajado, la cual muchas veces, cuando sale dejando allí sus crías, cierra la entrada con tierra que amasó por medio de sus orines; pero cuando los gazapos empiezan á salir á la boca del vivar, y á comer la yerba cana y otras que la madre les presenta, parece entonces que el padre empieza á reconocerlos: los toma entre sus patas, les alisa el pelo, les lame los ojos, y todos sucesivamente participan de sus caricias. Mientras tanto le halaga, la madre suele quedar preñada al cabo de pocos días.

Un caballero vecino mío, que se ha divertido muchos años en criar conejos, me ha comunicado las observaciones siguientes: «Principié,—dice,—por tener solamente un macho y una hembra. El macho era enteramente blanco, y la hembra del todo gris; y en su prole, que fué numerosa, hubo muchos más gazapos grises que de otros colores, crecido número de blancos y remendados, y algunos negros. Cuando la hembra está en celo, casi no se aparta el macho de su lado; y su temperamento es tan ardiente, que le he visto cubrirla cinco ó seis veces en menos de una hora. Al tiempo del coito se echa la hembra de vientre al suelo extendidas las cuatro patas: da una especie de chillidos ligeros, que indican más bien el placer que el dolor. Su modo de juntarse es bastante parecido al de los gatos, aunque con la diferencia de que el conejo muerde muy poco á la hembra en el cogote. La paternidad es muy respetada entre estos animales, según he podido inferirlo de la gran deferencia que han tenido todos mis conejos respecto de su primer padre, al cual me era fácil conocer á causa de su blancura, porque era el único macho que pude conservar de este color. Por más que la familia se aumentaba, los que sucesivamente llegaban á ser padres le estaban siempre subordinados; y cuando se armaba alguna riña entre ellos, ya fuese por las hembras, ó por disputarse la comida, el abuelo, que oía el ruido, acudía á toda prisa, y no bien le veían cuando cesaba la disputa; pero si encontraba á algunos que estuviesen riñendo, los separaba y los castigaba al mismo tiempo. Otra prueba de su dominio sobre su prole y descendencia es que, habiéndolos acostumbrado á que entrasen todos en sus vivares á un silbo, por distantes que estuviesen cuando yo les hacía esta señal, veía al abuelo ponerse á su frente, y, sin embargo de ser el primero que llegaba, los dejaba

desfilarse á todos delante de sí y era el último que entraba. El sustento que les daba era salvado de trigo, heno y mucho enebro, del cual necesitaban más de un carro cada semana, y comían la nebrina ó las bayas, las hojas y la corteza, dejando solamente los palos gruesos. Este alimento daba un olor agradable á su carne, que era tan buena como la de los conejos silvestres.»

Estos animales viven ocho ó nueve años y engordan algo más que las liebres, respecto de que pasan la mayor parte de su vida en las madrigueras, donde están quietos y tranquilos. Su carne es muy diferente, asimismo en el color y el sabor. La de los gazapillos es muy delicada, pero la de los conejos viejos es siempre seca y dura. Estos animales, según tengo dicho ya, son originarios de climas cálidos. Los griegos los conocían, y parece que los únicos parajes de Europa en que los había antiguamente eran la Grecia y la España. Desde allí fueron trasportados á regiones más templadas, como Italia, Francia y Alemania, donde se naturalizaron; pero en los países más fríos, como la Suecia y los demás del norte, no se les puede criar sino en las casas, pues perecen cuando están abandonados en el campo. Por lo contrario, gustan del calor excesivo, y procrean en las regiones más meridionales de Asia y Africa, como en el golfo Pérsico, en la bahía de Saldaña, en Libia, en el Senegal y en Guinea; y en nuestras islas de América los hay asimismo que fueron conducidos de Europa, y que han propagado allí muy bien.

II

Nuestros lectores leerán ahora con no menos gusto la sabrosa descripción que Brehm y otros célebres naturalistas hacen del conejo.

Los grabados que, con profusión, enriquecen nuestro libro, son la representación plástica de escenas que por su naturalidad y viveza nos ahorran de describirlas, y dan cabal idea de las especies venatorias y de los procedimientos de caza.

«El conejo común ó salvaje habita hoy día toda la Europa central y meridional; abunda mucho en ciertos puntos, y particularmente en la cuenca del Mediterráneo, aunque se le persigue en todas las estaciones. Fué introducido en Inglaterra por los aficionados á la caza; y en los primeros tiempos era muy apreciado, pues

en 1309 valía uno de ellos tanto como un cerdo. Inútilmente se ha tratado de aclimatarle en Suecia y Rusia. No puede vivir en los países del norte de Europa.

Habita el conejo las colinas arenosas, los barrancos y matorrales, y, en una palabra, todos aquellos sitios donde puede ocultarse fácilmente.

Por mucha que sea la esterilidad y escasez de los recursos alimenticios en un suelo arenoso, el conejo se

multiplica rápidamente; y, merced á esta circunstancia, se le ha podido utilizar para dar algún valor á los territorios conquistados al mar, terrenos que por su aridez parecían condenados á ser improductivos. Se han poblado de estos animales los médanos de Holanda, de Inglaterra, de Irlanda y hasta de Dinamarca, donde se utilizan tanto por su piel como por su carne, obteniéndose tan buen resultado, que el Obispo de



Caza del conejo con hurón

Derry, en Irlanda, sacaba anualmente doce mil conejos de uno de sus sotos. En Francia constituyen también la única renta que producen ciertas tierras, y particularmente los arenales y médanos incultos, que, en una anchura de más de 4 kilómetros, se extienden desde Boulogne-sur-Mer hasta la embocadura del Somma.

El conejo no es menos ágil que la liebre, si es que no le aventaja en ligereza; pero no es tan fuerte. Por lo mismo no se fía de sus piernas, y no estaría seguro si no tuviera, para refugiarse, la madriguera, que for-

ma, y de la cual no se aleja nunca. Es un animal domiciliado y sedentario.

Construye sus guaridas con bastante sencillez en los lugares bien expuestos al sol.

Cada madriguera se compone de un agujero circular bastante profundo y de un verdadero laberinto de conductos y galerías angulosas, corredores que se cruzan entre sí formando enrejadas, ó que terminan en un espacio cerrado, ofreciendo un conjunto análogo á la guarida del tejón. Las aberturas se ensanchan por

el paso del animal, y las galerías son á veces tan estrechas, que el conejo no puede franquearlas sino rasteando. Estas madrigueras están, por lo regular, próximas unas á otras; pero cada pareja habita la suya, sin tolerar que la ocupen otros de sus semejantes. Con frecuencia, no obstante, se observa que las galerías de varias madrigueras se entrelazan comunicándose.

Por poco que abunden los conejos, todo el subsuelo de un soto presenta una red de galerías que, empalmadas entre sí, no medirían menos de varios kilómetros.

El conejo salvaje permanece oculto todo el día en su madriguera, á menos que los matorrales inmediatos tengan suficiente espesura para que pueda buscar su alimento sin ser visto. Una hora antes de anochecer abandona su albergue para dar una vuelta y tomar algún alimento; pero es muy prudente y reservado, vacilando largo tiempo antes de alejarse.

La Fontaine comprendió bien al conejo cuando al ponerle en escena le hizo figurar entre tres cosas muy bonitas, á saber: la aurora, el tomillo y el rocío, es decir, lo que ofrece la naturaleza de más suave, perfumado y fresco. Para sorprender fácilmente á un conejo, deben enderezarse los pasos á los linderos de los bosques ó á orillas de las praderas antes de salir el Sol, á la hora en que comienzan á destacarse, á la primera claridad, las masas sombrías de los árboles. Colóquese detrás de un matorral cuyas hojas estén cubiertas de rocío, y si espera silencioso bien pronto verá deslizarse sobre la yerba una sombra, un cuerpo de formas indecisas, que se prolonga y se acorta alternativamente, avanzando poco á poco. Aquel es el conejo, que sale para desayunarse y retozar un poco entre las plantas aromáticas. En pleno día no se le encuentra: permanece oculto entre las espesas yerbas, ó debajo de un montón de ramaje. Aunque se pase á su lado, no se moverá, ni se marchará hasta el momento en que se levante el pie para pisarle. Entonces salta, golpeando el suelo con sus patas posteriores, que se estiran de pronto con la fuerza de un resorte, y desaparece sin que se haya podido ver nada, oyéndose sólo el rumor de su rápida marcha á través de las yerbas.

El conejo difiere mucho de la liebre por sus movimientos.

Considérasele como un tipo de cobardía y de sencillez, por no decir de simpleza. Este último calificativo es, en cierto modo, demasiado duro, pues parecenos que el animal da pruebas de tener cierta malicia y osadía cuando se le persigue. Más desconfiado y astuto que la liebre, rara vez se deja sorprender cuando toma su alimento, y sabe encontrar casi siempre un refugio;

pero al descubierto y á carrera tendida, sería alcanzado bien pronto por los perros. Si le persiguen algunos grandes, cuyo galope frenético no le deja un momento de reposo, seguro es que penetrará cuanto antes en su madriguera sin perder tiempo en el camino; mas, si le siguen sólo pachones, no se apresura mucho, y casi se creería que aquello es para él una partida de recreo. Pocos saltos le bastan para despistar á los perros. Entonces se detiene y escucha, da la vuelta á un árbol ó á un matorral, y al divisar de nuevo á sus enemigos repite la operación. Luego se sienta cómodamente, se rasca las orejas y el hocico, y parece burlarse de perros y cazadores. Con esta maniobra entretendrá por espacio de una hora, en cierta extensión de terreno, á los que le persiguen, y casi siempre escaparía sin un arañazo, si no estuviese allí el hombre oculto con su escopeta. Y adviértase que todo esto se hace con un acompañamiento de furiosos ladridos, y que un falso movimiento daría por resultado la muerte inmediata del animal.

Sabe hacer recortes perfectamente. Para cazarle se necesita un perro muy bien amaestrado y un excelente tirador, y ya se comprenderá que no decimos esto porque se trate de un animal valeroso y astuto: no está dotado de estas cualidades, pero, en cambio, no le falta cierta malicia y destreza, que le sirven para escapar del peligro.

Una vez que el conejo alcanza su madriguera, ya está á salvo, pues ni el perro ni el zorro le pueden alcanzar en ella: el hombre no lo consigue sino con el auxilio del hurón, que también se niega á veces á penetrar. Cada agujero, cada grieta de roca, es su refugio, que escapa con frecuencia de sus enemigos. Su vista, el oído, el olfato, alcanzan acaso más desarrollo que en la liebre. Es muy sociable, y sus costumbres ofrecen ciertas particularidades de interés.

A semejanza de aquellos pueblos cuyos habitantes, unidos por lazos de parentesco más ó menos estrechos, no son nunca extraños unos para otros, todos los miembros de una tribu de conejos, reconociendo acaso su origen común, mantienen entre sí relaciones de buena inteligencia. Comprenden que el interés de todos es el de cada uno, y saben prestarse mutuamente ciertos servicios en ocasiones dadas. Cuando se hallan fuera de sus guaridas paciando el sépol ó el trébol, los individuos más expertos, sin perder una dentellada, están con la vista y el oído alerta: al menor peligro dan la señal de alarma, golpeando el suelo con sus patas posteriores, y esta señal es repetida al momento en toda la línea. Los conejos suelen apresurarse á penetrar en sus

madrigueras; pero si algunos jóvenes imprudentes no atienden al primer aviso, los viejos vuelven á golpear repetidas veces la tierra con sus patas, exponiéndose ellos mismos por la salvación de los demás. ¡Cuántos

otros rasgos no menos interesantes podríamos acaso descubrir si nos fuese dado observar de cerca la vida oculta de esas pequeñas repúblicas subterráneas! ¡Cuántos hechos maravillosos se verifican á nuestro lado y



Un guía experto

bajo nuestros pies, que son aún, y serán por mucho tiempo, impenetrables secretos para nosotros!

El período del celo comienza en febrero ó marzo: el macho y la hembra viven largo tiempo juntos, fieles uno á otro, por lo menos más que las liebres, aunque no

se puede decir que el macho sea realmente monógamo.

«Mientras que la hembra permanece á su lado,—dice Dietrich de Winckell,—el macho no la deja, y se muestra muy afectuoso, mas nunca la sigue cuando se retira.

El período de gestación de la coneja es de treinta á treinta y un días, lo mismo que el de la liebre: la hembra se aparea apenas ha dado á luz sus hijuelos, y tiene también una numerosa progenie en un solo año.»

La coneja no se limita á depositar sus hijuelos al pie de un matorral ó de una mata, como lo hace la liebre, sino que forma una madriguera expresamente para ellos. Algunos días antes de parir practica en tierra un agujero de unos tres pies de profundidad, recto algunas veces y más ó menos recodado otras; pero siempre oblicuo hacia abajo. El fondo está ensanchado, es circular y se halla guarnecido de una capa de yerbas secas, encima de la cual hay otra de pelos cortos, que la hembra se arranca del vientre.

Sobre aquella blanda cama deposita á sus hijuelos, cuyo número varía de cuatro á ocho; y, después de parir y de haber dado de mamar por primera vez á su progenie, la coneja abandona el nido, cuidando de tapar la entrada. Al efecto amontona una gran parte del material extraído, y cuando queda obstruida la abertura apisona la tierra con sus pies y se revuelca por encima. Mientras que los pequeños tienen los párpados unidos, queda completamente cerrada la abertura, pero cuando comienzan á ver practica la madre un pequeño agujero, que agranda cada vez más á medida que los hijuelos van cobrando fuerza. La hembra los amamanta por espacio de veinte días, sobre poco más ó menos. No se sabe aún á qué hora se reúne con sus hijuelos: lo cierto es que no los visita en todo el día, y se supone que no penetra en el nido sino por la mañana, muy temprano.

Se ha creído que la hembra no ocultaba de este modo su progenie sino para librarla del furor del macho; pero esto es un error, puesto que éste le profesa tanto cariño como su compañera. Cuando los pequeños salen de su nido, los reconoce, los coge entre sus patas, les lame los ojos, les alisa el pelo, y en unión con la hembra les enseña á buscar su alimento, prodigando á todos sus caricias por igual. Hasta se dice que sus relaciones con ellos se prolongan más allá de la primera edad, y que á su vez aprenden los conejitos á conocer al macho, sin dejar nunca de manifestar una especie de deferencia y de respeto á su autoridad paternal y á su edad.

Hé aquí lo que escribía á Buffón, sobre el particular, un caballero vecino suyo:

«La paternidad es una cosa muy respetada entre estos animales, y lo creo así al observar la deferencia que todos mis conejos han tenido con su primer padre, al que me era fácil reconocer por su blancura, y

por ser el único macho que he conservado de este color. Por mucho que aumentase la familia, los que llegaban á ser padres á su vez, seguían respetándole siempre. Cuando peleaban, ya por disputarse el alimento, ó bien por las hembras, el abuelo, que oía ruido, acudía presuroso, y al verle restablecíase el orden. Si atrapaba á varios conejos luchando, separábalos al punto, castigando en el acto á uno de ellos.»

Si nuestro padre común, Adán, volviese al mundo, no es de creer encontrara hijos tan sumisos, ni bastaría su sola presencia para restablecer la calma.

«La fecundidad del conejo,—dice Lage de Chaillón,—es muy considerable, pero se ha exagerado singularmente por ciertos naturalistas. Wotten aseguró que de un solo par que se había puesto en una isla resultaron seis mil individuos al cabo del año. Como nosotros no disponemos de isla alguna, no nos ha sido dado repetir el experimento de Wotten: hemos debido contentarnos con hacer un sencillo cálculo sobre el papel, y hé aquí el resultado que obtuvimos. Suponiendo dos conejos, que con su progenie estuviesen al abrigo de toda causa destructora; dando por hecho que producen regularmente todos los meses cuatro hijuelos, que el número de hembras está en razón de dos á uno con el de machos, y que engendran todos al principio del cuarto mes de su existencia; obtenemos un total de 1,848 conejos, lo cual representa, al cabo del año, una posteridad bastante considerable.»

Pennant ha calculado también cuál es la progenie de un par de conejos. Si se admite que una hembra tiene siete partos al año, de ocho hijuelos en cada uno, esta progenie podrá llegar en cuatro años á la cifra de 1.274.840 individuos. Los hijuelos nacen con los ojos cerrados, y no comienzan á ver hasta el noveno ó décimo día.

Los conejos jóvenes son aptos para la reproducción á los cinco meses en los países cálidos, y á los ocho en los más fríos; pero no son completamente adultos hasta la edad de un año.

Se ha dicho varias veces que los conejos podían cruzarse con otros roedores; mas el hecho no está completamente demostrado.

Los conejos de campo observan el mismo régimen que las liebres, aunque ocasionan muchos más daños, principalmente royendo las cortezas de los árboles. No es fácil figurarse cuánto pueden destruir en un punto dado si se tiene en cuenta su fecundidad.

«El conejo,—dice Lage,—es para los cultivadores un huésped más molesto aún que la liebre. Ésta paca cuando anda; corta aquí ó allá alguna espiga ó un tallo de

trébol; muerde una remolacha y continúa su camino, de tal modo, que las huellas de su paso no aparecen nunca muy distintas. El conejo es esencialmente sedentario: como verdadero campesino, no se aleja nunca de sus lares, pernocta en los campos, y no sale de allí en tanto que el alimento sea abundante. Desperdicia tanto como come; salta, retoza y se revuelca sobre el verde tapiz de cereales, que ya no excitarán su apetito después de aplastarlos con el peso de su cuerpo. El animal se recrea en un espacio de varios centenares de

metros: todos los conejos de un bosque se reúnen la mayor parte del tiempo en un mismo sitio, y por lo tanto se comprenderá el destrozo que causan.»

Por sus costumbres turbulentas ahuyentan á los otros animales: nunca se encuentran liebres donde se hallan los conejos en gran número, y es probable que este antagonismo resulte más bien de la desemejanza en el carácter y costumbres de dichos animales, en su estado salvaje, que de una enemistad difícil de explicarse.



Caza á la carrera

En los sitios donde se creen seguros son muy atrevidos los conejos: en el Prater (Viena), se ven miles de individuos que corren hasta en pleno día, sin inquietarse ni por los gritos ni por las piedras que les tiran.

III

En todas partes se persigue á los conejos salvajes, y se les da muerte siempre que se puede, aunque sea tiempo de veda; mas no se consigue exterminarlos sin auxilio del hurón. Sólo cuando en un punto se multiplican los vesos, las comadrejas, las martas, los buhos y los gatos monteses, se observa que disminuye el número de dichos roedores. Las martas los persiguen hasta en sus madrigueras, y los buhos caen sobre ellos de noche mientras pacen.

En Francia se ha calculado que un conejo, que vale un franco, ocasiona daños por valor de veinte, y algunos propietarios observan que sus tierras pierden la mitad de su valor por los destrozos de este animal. Por lo mismo se les persigue sin compasión, no perdonando medio alguno para librarse de ellos; mas, por mucho que se haga, no se le puede aniquilar de una vez.

«Se caza el conejo,—dice Lage,—con perro de muestra, pachones ó hurón, y también al acecho y en batida. En el mes de setiembre se matan algunos en los campos de remolacha donde se buscan perdices, codornices ó liebres; cosa que agrada siempre á los cazadores, porque es una variación apreciable en el contenido del morral. Semejantes encuentros son frecuentes en los países de arboleda, donde por haber muchos vallados no necesita el animal abrir una madriguera, y asimismo en los alrededores de los bosques, porque en ellos